

“DANOS UN BELLO HOGAR”

Por Rogelio Erasmo Pérez Díaz
Usado con permiso

Dios le bendiga hermanos. Señor, a ti clamamos para que nos bendigas con un bello hogar.

Si me preguntaran qué es para mí un bello hogar, no vacilaría en responderle con algo que leí, en cierta ocasión, en una revista titulada “El Mensajero Pentecostal”. Decía:

“El hogar: un mundo de sensación afuera, y un mundo de amor adentro.
El hogar: un sitio donde los pequeños son grandes, y los grandes son pequeños.
El hogar: el reino del padre, el mundo de la madre y el paraíso del niño.
El hogar: el lugar donde nos quejamos más, y donde se nos trata mejor.
El hogar: el centro de nuestros afectos, alrededor del cual nacen los mejores deseos de nuestro corazón.
El hogar: el lugar donde nuestro estómago recibe tres comidas al día, y nuestro corazón, amor y estímulo.
El hogar: el único lugar en la tierra donde las faltas y las flaquezas de la humanidad quedan cubiertas bajo el dulce manto del amor.”

Mis hermanos, sucede que en estos tiempos hemos puesto a un lado lo que nos dice Dios acerca de la familia en *1 Pedro 3:1-7*. “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza. Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.”

O en *Efesios 6:1-4*. “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.”

Me agradaron en gran manera esas bienaventuranzas que escuché el pasado domingo en la iglesia; realmente eran algo lindo. ¿Pero qué encontramos a cambio?... Les puedo decir que: encontramos los mismos impedimentos que no permitieron, durante cuarenta años, entrar al pueblo de Israel al Canaán de la promesa.

¿Y cuáles son estos impedimentos que enfrentó Israel y enfrentamos hoy nosotros en idéntica manera? Veamos lo que nos dice al respecto *1 Corintios 10*. Permítanme antes, detenerme en algo que considero importante para mejor comprender el pasaje. Si observamos la historia del pueblo de Israel y la comparamos a la vida personal del cristiano, vemos en ella, en sentido metafórico, punto a punto, la historia de nuestras propias vidas. Cada pasaje de la historia del pueblo de Dios es, en cierto modo, un pasaje de nuestras historias personales. Asumamos, primero que nada, que el Egipto dejado atrás por Israel está representado en nuestras vidas por los placeres del mundo, por la abundancia de alimentos y la escasez de fe. El cruce del Mar Rojo tiene también su simbolismo en nuestras vidas, obviémoslo de momento, pues no es relevante para el tema que nos ocupa. El peregrinar por el desierto es comparable

con las pruebas que ha permitido Dios para traernos a sus pies y, a la vez, nuestra rebeldía y falta de gratitud hacia el amor de Dios. El cruce del Jordán viene a ser algo así como el bautismo con agua. Y finalmente que, el Canaán de la promesa, la tierra donde fluye leche y miel es, para nosotros, la nueva vida en Cristo.

Veamos pues 1 Corintios 10:6-10: ***“Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor.”***

Codicia, es decir, lujuria, idolatría, fornicación o lo que es igual, pecados sexuales. Tentar al Señor. Murmurar. Cinco razones para no entrar a Canaán y cinco razones para deambular por el desierto de las mentes y corazones vacíos de Dios.

La lujuria es lo contrario del amor. Según Edwin Cole, *“Amor es el deseo de beneficiar a otros a expensas de sí, porque el amor siempre quiere dar. Hay tres cosas que evidencian el verdadero amor: abnegación, preferir el bien de la persona amada y el deseo por la unidad. Estas tres cosas confirman el amor de Dios, son parte de su naturaleza. La lujuria, en cambio, desea beneficiarse a expensas de otros, porque la lujuria desea conseguir algo.”*

La idolatría no es tan solo adorar una imagen de talla o fundición, aunque eso también lo es, por supuesto. El dinero, nuestros negocios, hijos, esposa, la casa... ¡A veces hasta la santa Palabra de Dios o al propio Dios lo convertimos en ídolo!

No se asuste, mi hermano, eso dista mucho de ser una blasfemia y Dios sabe a lo que nos referimos. Convertir a Dios en un dios-muleta es idolatría. A veces nuestras esposas e hijos y, hasta nosotros mismos, cuando estamos en problemas decimos a otros: *“ora por mi mamá, que está muy malita”, “ora por mi hija, que creo anda en malos pasos”, “ora por el niño, para que salga bien en los exámenes”, “ora por mí, para que Dios me de esa casa que tanto me gusta”... etc.* Sucede que cuando conseguimos lo que queremos o cuando pasa cierto tiempo y no logramos conseguirlo, hacemos a Dios a un lado, lo ponemos en un rincón de nuestros corazones y nos olvidamos de él hasta que surja un nuevo problema o deseo. Dios puede ser una muleta para nosotros en el sentido de que es nuestro seguro sostén, nuestro incomparable refugio, es fuerte y nosotros débiles, etc. Pero, rebajar a Dios al punto de convertirlo en una simple muleta, en que apoyarnos cuando le necesitamos y después hacemos a un lado, eso sí es una blasfemia, una ingratitud, eso es hacer de nuestro Dios inmenso un pequeño e insignificante dios-muleta. Eso también es idolatría, porque estamos adorando un falso dios creado en nuestras mentes y no al Creador Omnipotente.

Fornicar, en el sentido que se le da en 1 Corintios 10, no es otra cosa que el pecado sexual. Cristo nos dijo que no sólo codiciábamos a la mujer del prójimo cuando nos íbamos con ella a la cama, sino que con sólo mirarla con interés malintencionado ya la estábamos codiciando en nuestro corazón. Sucede que a veces nuestras esposas no entienden, que en más del cincuenta por ciento de los casos, ellas son responsables de que el esposo caiga en el pecado sexual. También dice Edwin Cole en una de sus numerosas predicaciones que *“Si toda mujer viviera la palabra de Dios en relación a su marido, su esposo sería como masilla en sus manos. Quizá no masilla, pero sería una relación muy diferente, porque la mujer fue creada para complemento del hombre, no para competir con él.”*

Pero las mujeres también cometen errores... ¿saben cómo leen la Biblia las mujeres que su esposo no tiene una relación con Dios?: Ellas no dicen lo que Juan 14:6 “... **nadie viene al Padre, sino por mí.**”, sino que dicen más bien, “**ningún hombre viene al Padre sin que la esposa lo traiga**”. No entienden que no nos pueden convencer de pecado y, tratando de hacerlo, pretenden suplantar a Dios. ¿Dónde queda, entonces, 1 Corintios 11:3 “**Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.**”? ¡Están invirtiendo la pirámide divina y acomodando las cosas a su modo!

También el mismo predicador dice, en su mensaje, dirigiéndose esta vez a los hombres “*Debiéramos preguntarnos cómo puede la mujer ser la gloria del varón cuando éste no es la gloria de Cristo. El hombre es diferente a la mujer... los dos son diferentes. Por ejemplo: los hombres generalizan, las mujeres detallan.*”

“Lo mejor que papá puede hacer por sus hijos es amar a su esposa...”

“Es más importante que el padre hable a Dios acerca de sus hijos que hablar a sus hijos de Dios...”

“Esta ha sido la era del hombre mediocre, pero gracias a Dios, esto está por terminar. Ser un mediocre es aceptar algo bueno, que es el mayor enemigo de luchar por lo mejor. Por ejemplo, querer ostentar autoridad sin responsabilidad. Y eso es lo que quieren los hombres de estos días.”

Debiéramos entender que, definitivamente, lo único que la mujer quiere es que su hombre sea un hombre.

Tentar al Señor. Hay muchas maneras de hacerlo, pero hoy quiero referirme a una en específico. Generalmente, solemos ser muy acomodaticios referente a las normas de conducta de los que nos decimos cristianos y estamos dejando que las costumbres del mundo dicten las pautas de convivencia, no solo en la vida de los que están fuera de Cristo, sino que la falsa moralidad del mundo ha permeado las normas eclesiásticas. Sin embargo, La iglesia debía ser la que imponga los principios del reino de Dios sobre el fango de la sociedad y no permitir que este se imponga sobre la iglesia, como sucede hoy día. La iglesia es el baluarte de justicia en el mundo, por esa razón necesitamos familias más unidas y sólidas. Según Cole, “*La tendencia actual es andar por vista, sentido y circunstancia. En el reino de Dios se anda por fe, espíritu y palabra.*”

Debiéramos recordar Proverbios 19:3 “**La insensatez del hombre tuerce su camino, Y luego contra Jehová se irrita su corazón.**” O Proverbios 10:21 “**...mi pueblo muere por falta de entendimiento.**”

Murmurar. Generalmente los cristianos lo hacemos de nuestros propios hermanos, del pastor, ¡de todo el que se cruza en nuestro camino! Es que nuestra inclinación continua al mal permite que el diablo nos grite continuamente al oído: “¡Hazte de un nombre!” no importa a cuantos tengamos que pisar para lograrlo, ¡mientras más sean, mejor!... para Satanás, desde luego. No hemos entendido que la conducta del cristiano es un constante ministerio. Todo se basa en ministrar. Es decir, en profesar, entregarnos u ocuparnos en algo o de algo. ¿Habremos olvidado también Marcos 10:43 “**Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor...**” o Lucas 9:48 “**...porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.**”? (Es decir, el que sirve más, porque el que no sirve, NO SIRVE.)

Estamos hablando del liderazgo del hombre y eso que leemos en Marcos 10 y Lucas 9 quiere decir que usted será un buen líder, en dependencia de su disposición para servir. Todo en la vida es ministrar. Es bíblico que mientras más ministras a otros mejor serás. Usted califica o no como líder de su familia, según su disposición para servirles. Servir es hacer algo por amor, no significa pues, servidumbre o esclavitud. Todo conduce, como siempre, a una palabra clave de la Biblia: AMOR. La mejor forma de servir a una mujer es escuchándola. La mejor forma de hacer algo por nuestros hijos es dedicarles tiempo. Vivimos en los días de los profesionales a sueldo... si queremos que nuestro hijo sea deportista lo entregamos a un entrenador, si enferma se lo damos a un médico, queremos que nuestra familia sea espiritual y la entregamos al pastor. Así somos los hombres... vamos a la iglesia el domingo, leemos la Biblia, oramos,

adoramos y, cuando llegamos a casa, ponemos la Biblia en una gaveta hasta el próximo fin de semana. Creemos que para ser cristianos todo lo que hay que hacer es ir a la iglesia, volver a casa y no hacer nada más hasta que vayamos nuevamente a la iglesia. Es nuestra culpa... Dios nos mandó a ser líderes, mayordomos, sacerdotes y cuando cedemos a la mujer el sitio que Dios nos manda ocupar a nosotros, estamos torciéndolo todo y después queremos culpar a Dios porque no derrama bendiciones sobre nuestro hogar, nuestra familia y sobre nosotros. Pedir cuentas al dios-muleta que nos hacemos cuando así actuamos está tan mal como nuestra propia idolatría. Pedir cuentas al Dios eterno, omnisciente, todopoderoso y amoroso que nos creó y sustenta hasta hoy es más aún. Es una presunción y una blasfemia.

Hermano, si usted ha creído a ese verdadero Dios y vive una vida como la que aquí hemos atacado (porque la estamos atacando, por supuesto. A la nuestra la primera), no vacile en quebrantar su orgulloso corazón y pedirle a ese Dios misericordioso que le perdone, porque usted, como yo, necesitamos ser perdonados.

Generalmente, los escritores cristianos famosos (¡Gracias a Dios yo no soy tal cosa!), comienzan su mensaje con una ilustración. No sé si es la voluntad de Dios o mi propia ignorancia la que ha traído al final lo que generalmente es al principio... ahí les va una:

ESPOSOS QUE SE CONVIERTEN POR LEER LA BIBLIA

Oí hablar en cierta ocasión de un matrimonio que llegó a tener una Biblia.

Ninguno de los dos esposos la había conocido antes. El marido empezó a leerla en su hogar.

Unos días después se dirigió a su esposa y le dijo: “Amada, si este libro es verdad, estamos equivocados”.

Continuó la lectura de la Biblia y al cabo de unos días más habló nuevamente a su esposa en estos términos: “Si este libro es la verdad, estamos perdidos.”

Con más avidez que nunca prosiguió estudiando el libro hasta que, una noche, exclamó: “Amada esposa, si este libro es la verdad, ¡podemos ser salvos!”

El mismo libro que le había revelado que estaban condenados le reveló el medio de ser salvos por Jesucristo. Esta es la gloria de la Biblia.

Confíe usted en Cristo ahora mismo, sólo y plenamente en él para siempre, y será salvo.

Que Dios supla perdón para usted y para mí y nos bendiga ricamente.

*Este escrito es una contribución de la agrupación para eclesiástica cubana: Ministerio **CRISTIANOS UNIDOS**.*

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.